

Apocalipsis y muerte

Desde siempre las sociedades humanas expresadas en sus diferentes culturas se ocuparon del final de la vida y del mundo. Muerte y apocalipsis están articulados indisolublemente como interrogantes de la humanidad. Difícil explicar el ser, qué somos, por qué, para qué. Todo tan extraño como la vigilia y el sueño, ese ámbito donde nos sumergimos diariamente para regresar en ocasiones con recuerdos de lo soñado pero muchas más sin memoria de lo sucedido. “... ¡Morir, dormir...tal vez soñar!” se admiraba Shakespeare. El mundo de la consciencia y el de la inconsciencia. Cuando estamos despiertos sabemos que existimos, dormidos ignoramos nuestro estado.

No pudiendo hallar respuestas definitivas en la vigilia lo intentamos con el sueño. No alcanzamos acuerdos en definir qué es la vida y lo pretendemos con la muerte. Entonces creamos mundos sobre-terrenales que nos induzcan a su aceptación. Pero si el desvanecimiento individual conduce a un reino mortal, ¿dónde nos lleva la desaparición de todos? Este es un escalón más alto difícil de escalar.

Arnold Toynbee afirmaba que *“Si el hombre perdiera su capacidad de cooperación social, por cierto que no podría sobrevivir a la actual etapa de la historia”* (La vida después de la muerte, pág. 42 Editorial Sudamericana, 1977). Creo que nos hallamos en esa precisa circunstancia. Apocalipsis, Rangarök y demás descripciones del fin de los tiempos no aparecen hoy como profecías. Son descripciones de nuestra realidad.



En tanto profecía, el Apocalipsis fue descrito como lucha entre dioses o castigo de éstos a los hombres por desviarse comportamiento prescrito.



La saga nórdica de Rangarök también describe el modo en que tendrá fin el universo. Habrán de suceder. Son Profecías. Pero a mi entender han dejado de serlo y se han iniciado como hechos.

El Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), convocado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), ha señalado que no será fácil evitar la devastación del planeta por el cambio climático. Solamente quedarían tres años para poder hacer algo. Esta visión apocalíptica de la IPCC no es profética, es descriptiva.

Para afirmar que ya vivimos el fin de los tiempos *“me favorece”* residir en Argentina. Tampoco desconozco la situación social de otras naciones africanas, asiáticas y europeas. No excluyo al continente americano. Para decirlo claramente, creo que efectivamente nos hallamos transitando el fin de la historia de la especie humana.

En mi país las instituciones sociales (¡todas!) naufragan en los torbellinos de la anomia. Han perdido significación social: no hay seguridad personal ni justicia. (Ésta privilegia los derechos del delincuente como resultado de los estímulos negativos de su biografía y acompaña y apaña su accionar penalizando con levedad sus faltas, aunque sea reincidente). Curiosamente quien delinque es una víctima de la sociedad y se desprotegen los derechos del quien resulta víctima de esta “víctima” que genera el crimen.

La institución judicial asimismo distribuye desigualmente su dispensa de sanciones en función de la fortuna y/o poder del actor social que sea juzgado.

La educación naufraga en un caldo de ignorancia produciendo egresados incapaces de comprender textos y mucho menos guiar sus comportamientos por principios lógicos y morales. Contribuyen a ello los planes de estudio, la mediocre capacitación docente, la ausencia de participación y desentendimiento de los hogares en la socialización de sus hijos. Las fuerzas policiales no cuentan con los medios idóneos para su labor o están comprometidas con la delincuencia. Predomina en muchos sectores la idea que la represión es un acto punitivo resabio de la dictadura. No se contempla la posibilidad de que sea el comportamiento a seguir frente al desvío social, como el robo, violación, asesinato. Llevamos décadas castigando a la producción económica y

fomentando el asistencialismo del Estado (tres generaciones pueden convivir bajo un techo precario sostenidos por prebendas estatales mantenidas por políticos venales que ven en tales poblaciones el jardín fértil de la siembra de sus votos). Dependientes asistenciales que viven a expensas de planes que se harán insostenibles por el inevitable empobrecimiento del Estado como resultado de tales prácticas. La vivienda se ha convertido en un bien inalcanzable. No hay posibilidad ni capacidad de ahorro con una inflación anual que se mantuvo alta por décadas y ahora regresa a las tres cifras.

Todo ello hace impensable la inclusión de los jóvenes en el mundo tecnológico al que vamos en la revolución tecnológica en que nos encontramos. (Y quienes se logran capacitar aprovechando sus beneficios de status social se marchan en una migración calificada que nos lleva a una caída mayor con una población no instruida. sin roles en la generación de bienes en el futuro inmediato y mediato). No hay conciencia social ni política que transitamos una revolución tecnológica sin precedentes donde los roles de antaño no tendrán sentido, y aún desconocemos los actores laborales que serán necesarios.

Todo conlleva a que se desvanezca la posibilidad de reparación a futuro, porque las elecciones “democráticas” confirman la tendencia hacia el ocaso. Esto es así en estas latitudes, pero también en todas partes del mundo. La democracia sin conocimientos, ilustración y un sólido “ethos” es tan precaria como un parasol bajo una tormenta tropical.

¿Qué harán los ancianos sostenidos por cada vez menos trabajadores productivos que verán mermadas sus condiciones de vida con ingresos cada vez menos sostenibles para cubrir necesidades mínimas? ¿Qué función cumplirán los analfabetos en un mundo donde se necesita cada vez menos el vigor físico de las tareas manuales? Un robot remachador supera la acción de cien obreros de martillos. Un par de personas montadas en sembradoras y cosechadoras reemplazan en el campo una legión de peones.

Dije más arriba que esta situación es visible con mayor claridad desde la marginalidad de mi país que se dirige a su inviabilidad de futuro. Pero considero que la observación es válida para el resto del mundo.

El planeta se debate frente a la falta de alimentos, el crecimiento de la población, la producción y el encarecimiento de la energía; el cambio climático que genera incendios e inundaciones, temperaturas altas y bajas records, crecimiento de población sin mejora de las posibilidades de vida, educación, vivienda, ahorro, integración a la revolución tecnológica que ha alterado los comportamientos.



La represa de las Tres Gargantas construida sobre el río Yangtsé ralentizó la rotación terrestre alterando en 2 centímetros el eje de la Tierra. ¿Qué sucederá cuando los humedales y ríos pierdan volumen, el “permafrost” se descongele –ya está sucediendo- y el carbono que contiene se libere en la atmósfera?

Hoy nadie está completo si no se acompaña de esa máquina polivalente que eufemísticamente llamamos “celular” que en su segunda acepción de la RAE significa: *Dicho de un establecimiento carcelario: Donde los reclusos están sistemáticamente incomunicados en celdas independientes.*

No podemos estar en ningún lugar sin acreditarlo en una “selfie”. Donde intentamos mostrarnos con nuestro mejor perfil, favorecidos por programas de imágenes que destierren imperfecciones en busca de sumar “likes”.

No tenemos encuentros, “chateamos”. Enviamos mensajes de texto o archivos de audio porque interesa lo que voy a decir, no la réplica.

Gran parte de nuestras necesidades se resuelven apretando botones. Quienes diseñan nuestros artefactos se ufanan que cada vez son más “amigables”. Desafortunada y mayoritariamente nos encontramos utilizando tecnologías que apenas comprendemos cómo funcionan, y mucho menos los efectos que habrán de generar a mediano y largo plazo. Algunos han previsto que nos hallamos generando una complejidad que no seremos capaces de administrar. Adhiero a la idea.

La muerte es una certeza. El apocalipsis está en marcha...



Eduardo Baleani